

MINISTERIO

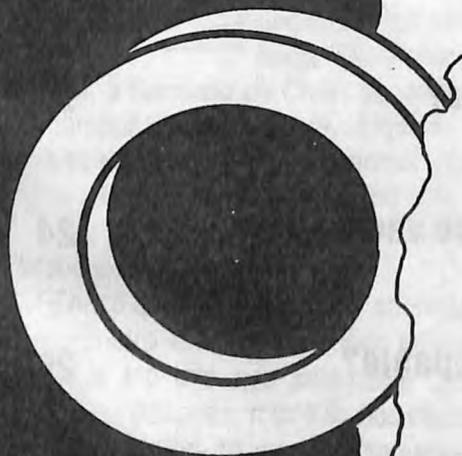
JULIO-AGOSTO 1994

adventista



AÑOS

DE



IGLESIA ADVENTISTA EN ARGENTINA

MINISTERIO

adventista

AÑO 4^o - Nº 249

JULIO-AGOSTO 1994

DIRECTOR: Werner Mayr
REDACTOR: Javier Hidalgo
CONSEJEROS: José A. Justiniano
Alejandro Bullón
Jaime Castrejón S.
DIAGRAMADOR: Ideyo Alomía

CONTENIDO:

	Alejandro Bullón	
	Las personas son de más valor	3
	Roberto Folkenberg	
	Un pueblo profético	5
	Roberto G. Wearnar	
	Centenario de la Iglesia Adventista en Argentina	9
	Wilson Sarli	
	La crisis no justifica el atraso	15
	Josney D. Rodríguez	
	¿Es usted aspirante al ministerio?	20
	Oscar A. Hernández	
	Cuando la palabra de Dios vuelve vacía	24
	Samuel D. Kettle	
	¿Es posible una interacción saludable?	29

MINISTERIO ADVENTISTA es el órgano internacional de la Asociación Ministerial Adventista del Séptimo Día de las Divisiones Interamericana y Sudamericana.

MINISTERIO ADVENTISTA es una revista bimestral de la Asociación Ministerial de las Divisiones Interamericana y Sudamericana de la IASD; editada por su propietaria, la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día; impresa mediante el sistema offset en los talleres gráficos de ACES, Av. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, República Argentina. Tel. 760-2426. Fax (541) 760-0416.

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 322410	CORREO ARGENTINO Suc. Florida (B) y Central (B)
PRINTED IN ARGENTINA	FRANQUEO A PAGAR Cuenta Nº 199

Las personas son de más valor

Alejandro Bullón

¿Qué es más importante en esta obra?
¿La misión? ¿La infraestructura? ¿O las personas?



erían alrededor de las dos de la tarde. Ese día debía salir de viaje y estaba terminando una carta antes de partir. El avión despegaría a las 16:00 horas hacia San Pablo, Brasil; y de allí, a Santiago de Chile, donde tendríamos la campaña. De repente, alguien tocó a la puerta de mi oficina. Era el pastor Wolff.

—¿A qué hora viajará? —me preguntó.

—A las cuatro —le dije, y me dispuse a escucharlo.

Pensé que deseaba hablar sobre algún plan o algún otro asunto relacionado con el trabajo. Pero él me dijo que solamente quería orar conmigo. Después, mientras nos despedíamos con un apretón de manos, prometió orar por las campañas evangelísticas que yo realizaría durante ese viaje.

Más tarde, ya en el avión, recordé el incidente. El presidente había entrado en mi oficina solamente para orar conmigo. No entró para preguntarme las previsiones en cuanto a bautismos que yo tenía, ni tampoco para saber

si los pastores y los laicos de Chile habían hecho los preparativos para la campaña. Entró sólo para orar conmigo.

Creo que aquel hecho merece consideración, ya que hace poco un pastor me preguntó honestamente: "¿No cree usted que debemos espiritualizar la obra?" Tuve que estar de acuerdo en que, efectivamente, con mucha frecuencia corremos el riesgo de quedar sepultados bajo una pila de reglamentos, procedimientos, votos, estrategias y blancos, olvidando lo que es realmente importante.

¿Qué es más importante en esta obra? ¿La misión? ¿La infraestructura? ¿O las personas? ¿Cuál es la misión de la iglesia? ¿Usar a las personas para predicar lo que la iglesia cree? ¿O llevarlas a reflejar el carácter de Cristo de modo que, por su ministerio, todo el mundo acepte a Jesús y llegue, a su vez, a reflejar su carácter?

Los estudiosos del comportamiento humano dicen que en la década de los 60 se dio mucha importancia al mercado, es decir, al nombre, la imagen y la proyección correcta de los productos. En la década de los 70, la producción

acaparó las atenciones. Lo que realmente importaba era producir más. En la década de los 80, el énfasis se puso en la calidad del producto; pero según los mismos estudiosos, en la década de los 90 tendrán éxito sólo los que presten atención a la persona humana.

No existe nada más precioso ante los ojos de Dios que el ser humano. Fue por el ser humano que Jesús dejó todo el cielo: su gloria, su trono, la adoración de los ángeles, y vino al mundo.

Lo cual no quiere decir que el mercado, la producción o la calidad no tengan su lugar en esta década. Es que en ninguna otra época de la historia se ha sentido el ser humano considerado más como un número o una herramienta que es utilizada y luego abandonada alegremente. De ahí que las instituciones, las empresas o la sociedad de nuestros días que se preocupan por hacer que los seres humanos se sientan comprendidos, amados y valorados, lograrán seguramente alcanzar sus objetivos.

¿Significa eso que debemos prestar atención a lo que los estudiosos del comportamiento humano dicen? ¿Son ellos los que deben

orientar nuestro plan de acción? ¡No! Ellos apenas están descubriendo lo que la Biblia dijo hace muchos siglos.

No existe nada más precioso ante los ojos de Dios que el ser humano. Fue por el ser humano que Jesús dejó todo el cielo: su gloria, su trono, la adoración de los ángeles, y vino al mundo. Fue pensando en el ser humano que Dios permitió que se alzara la cruz del Calvario, para unir el cielo con la tierra. Lo que aquel pastor quería decir con "espiritualizar a la iglesia", es que deberíamos preocuparnos por que las personas se sientan como tales y no como objetos.

Aunque aquella pregunta no estuviera describiendo un hecho, es seguro que describía el más terrible peligro que amenaza a toda institución. Inclusive a la iglesia adventista. El peligro de perder de vista a las personas.

¿Qué deberíamos hacer para evadir este peligro? ¿Empezar a saludar y a sonreír a todos en los pasillos de nuestros templos e instituciones? Quizá eso contribuya en algo, pero el verdadero antídoto es la presencia de Cristo en cada corazón. Nunca podremos aceptar a las personas como son, si no comprendemos que Cristo nos acepta de la misma manera a nosotros. Será imposible amar a las personas si el amor de Cristo no nos constriñe.

Después de la oración del pastor Wolff, salí con alegría al cumplimiento de mis compromisos evangelísticos. Me sentí un ser humano comprendido. Mi presidente oró conmigo y me había prometido seguir orando por mí mientras yo, con la ayuda del Espíritu Santo, trabajaba en la salvación de las almas.

Aquella oración me hizo mucho bien.

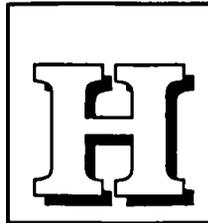
Alejandro Bullón es secretario ministerial de la División Sudamericana.

Roberto Folkenberg

UN PUEBLO PROFETICO

*Somos un movimiento profético,
llamado específicamente por Dios
para hacer una obra única.*

Pretender que tenemos un mensaje con una verdad presente específica, no es lo mismo, ciertamente, que pretender que sólo nosotros somos santos.



Hace casi 2,500 años Dios llamó a un remanente a salir de Babilonia. "Y yo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras a donde las eché, y las haré volver a sus moradas; y crecerán y se multiplicarán" (Jer. 23:3). Aunque este pueblo no vivía a la altura de su llamamiento, todavía era el remanente de Dios, el pueblo de la profecía.

Los últimos 150 años de la Iglesia

Hace más de ciento cincuenta años, Dios llamó nuevamente a un remanente; en esta ocasión, a salir de la Babilonia espiritual, un pueblo que guardaría "los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" (Apoc. 14:12). Aunque este pueblo tampoco ha vivido a la altura de su llamamiento, es el remanente de Dios, el pueblo de la profecía. Creemos que este remanente moderno es la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Por supuesto, "no todos los que descienden de Israel son israelitas" (Rom. 9:6). Como Elena G. de White advierte: "Vi que el residuo no estaba preparado para lo que viene sobre la tierra. Un estupor, como letargo, parecía suspendido sobre el ánimo de la mayoría de aquellos que profesan creer que tenemos el último mensaje" (*Primeros escritos*, pág. 119). Y por supuesto, no todos los adventistas del séptimo día serán salvos.

Sin embargo, la Escritura señala un pueblo del tiempo del fin con ciertas características. ¿Cuáles son esas características y por qué creemos tenerlas?

En primer lugar, de acuerdo con Apocalipsis, este pueblo surgiría después de un período de 1,260 años de persecución (véase Apoc. 14:6, 14, 17). Al comparar Apocalipsis 12 con Daniel 7, sabemos que este período de persecución comenzó alrededor del siglo sexto d.C., y por lo tanto debió terminar alrededor de fines del siglo XVIII que es, a su vez, el tiempo cuando debía surgir el remanente de Dios.

En segundo lugar, el remanente se identifica como el que "guarda los mandamientos de Dios" (Apoc. 14:12). Cualquier cambio o adaptación que uno haga a esta declaración, siempre se referirá cuando menos a los Diez Mandamientos. Incluido en ellos, en el mismo corazón, está el cuarto, el mandato de observar el séptimo día, no el primero, como día de reposo.

Tercero, este grupo manifiesta en su seno el "testimonio de Jesús" (Apoc. 12:17), que es "el espíritu de la profecía" (Apoc. 19:10). A esto le llamamos el don profético.

La primera marca identificadora elimina automáticamente, en cualquier sentido corporativo (y subrayo el término corporativo), todos aquellos cuerpos eclesiásticos que surgieron antes del fin del período de los 1,260 años. De manera que ninguna de las grandes iglesias de la reforma puede ser, corporativamente, la que se describe en la profecía.

Además, aunque muchas otras iglesias surgieron después del período de los 1,260

años, la falta de consideración que manifiestan hacia el cuarto mandamiento, como se lee en la Escritura, automáticamente las descarta.

Y finalmente, de los pocos cuerpos eclesiásticos cristianos que quedan, sólo uno tiene la manifestación del don profético en su seno en una forma poderosa y notable.

No extraña, entonces que los adventistas del séptimo día creamos que somos el pueblo de la profecía. ¿Qué otra iglesia surgida después del período de los 1,260 años enseña la obediencia a todos los mandamientos de Dios y manifiesta en su seno el "espíritu de la profecía" tan inequívocamente revelado en el ministerio de Elena G. de White? Ninguna, razón por la cual nos adjudicamos el título.

Es por ello que los adventistas del séptimo día deberíamos comprender que no somos simplemente una iglesia o una denominación más. Somos un movimiento profético, llamado específicamente por Dios para hacer una obra única. Este llamamiento no debe enorgullecernos, ni volvernos arrogantes, o exclusivistas. Al contrario, la realidad de lo que fuimos llamados a hacer y lo que hemos hecho debería inducirnos a caer de rodillas pidiendo a Dios que tenga misericordia de su pueblo apóstata y laodicense.

En realidad, este año marca el 150 aniversario del reavivamiento millerista, que llamó a mucha gente a salir de sus iglesias y entrar al movimiento adventista. Nuestra iglesia recuerda no sólo a los milleristas, sino especialmente al poderoso mensaje de la verdad presente que Dios dio al pequeño grupo que, negándose a abandonar la esperanza adventista, formó eventualmente el núcleo de lo que llegaría a ser la Iglesia Adventista del Séptimo Día, el pueblo remanente de la profecía.

El hecho de que la Iglesia Adventista del Séptimo Día saliera de otras iglesias debería recordarnos que compartimos muchas doctrinas con otros protestantes, como la divinidad de Jesús, el nacimiento virginal, la primacía de la Escritura, la salvación por la fe solamente, la venida literal y física de Jesús. Sin embargo,

siendo que nuestros fundadores iniciaron un nuevo movimiento, siempre debemos recordar que somos, y siempre debemos ser, singulares, no sólo en lo que creemos, sino en nuestro estilo de vida, pues lo que creemos debe afectar la forma en que vivimos. Sólo nuestra iglesia cumple aquellas marcas distintivas del remanente que se describe en el Apocalipsis.

También tengo otras ovejas

Esta realidad debiera encender un fuego en nuestras almas ante la majestad y la gracia de Dios, que permitió que fuéramos llamados a formar parte de este movimiento único, con una misión y un mensaje para preparar al mundo para la gloriosa consumación de la esperanza de todo verdadero creyente desde Adán: la segunda venida de Jesús.

Me entristece ver que entre nosotros hay quienes rebajan nuestro llamamiento y nuestra misión singulares, y tienden a ver a nuestra iglesia simplemente como una más. Quizá esta actitud es el resultado del temor muy real de caer en la trampa de los escribas y fariseos del tiempo de Cristo, cuyo exclusivismo y orgullo espiritual fueron una abominación para el Señor. Aunque ese riesgo siempre estará latente no debería ser motivo para rebajar o nulificar nuestro llamamiento.

Pretender que tenemos un mensaje con una verdad presente específica, no es lo mismo, ciertamente, que pretender que sólo nosotros seremos salvos, que sólo nosotros somos el pueblo de Dios, que sólo nosotros somos santos. La Iglesia Adventista del Séptimo Día nunca ha tenido tal pretensión, y espero que nunca la tenga. Siempre hemos reconocido que Dios tiene muchos seguidores fieles en otras iglesias. "También tengo otras ovejas

—dijo Jesús (Juan 10:10)— que no son de este redil".

Cualesquiera sean las diferencias teológicas que pudiéramos tener con los miembros de otras denominaciones, no deberíamos nunca denigrar ni juzgar su experiencia religiosa. Hay muchos que, por alguna razón, no pueden comprender las verdades bíblicas con respecto al estado de los muertos, al sábado, o al santuario, pero que tienen un más rico, más profundo y más fiel caminar con Jesús que muchos que tienen el privilegio de conocer estas verdades.

Elena G. de White misma, aunque fue inequívoca en cuanto a la definición de nuestra iglesia como el remanente, expresó la esencia de lo que deberían ser nuestros sentimientos: "¿Y en cuáles comunidades religiosas se encuentra actualmente la mayoría de los discípulos de Cristo? Sin duda alguna, en las varias iglesias que profesan la fe protestante" (*El conflicto de los siglos*, pág. 433). No hay duda de que en la Iglesia Católica Romana también hay muchos seguidores de Cristo.

A decir verdad, es posible que muchos de estos cristianos vivan más de acuerdo a la luz que han recibido que nosotros. La comisión de pecados entre nosotros es dramáticamente real. Muchos, al ver las faltas, los problemas, el mal que existe en nuestro medio se han visto tentados a poner en duda nuestro estatus de remanente o nuestro llamamiento especial. Cometan una equivocación de trascendencia eterna. La inspiración nos dice que "Dios conducirá con seguridad hasta el puerto el noble barco que lleva al pueblo de Dios" y que "no podemos entrar en ninguna nueva organización, porque esto significaría apostatar de la verdad" (*Mensajes selectos*, tomo 2, pág. 390).

La verdad presente existe, sea que como pueblo estemos santificados o no. La muerte de Cristo en la cruz es el fundamento de la salvación, sea que todos hayamos muerto o no al yo con él. Cristo es todavía nuestro Sumo Sacerdote en el lugar santísimo del santuario celestial, sea que todos los adventistas crea-

mos o no esa verdad o vivamos nuestra vida de acuerdo con ella. El sábado es todavía el sábado, sea que como pueblo lo guardemos o no como deberíamos. La perversión farisaica del sábado en el tiempo de Cristo no negó su verdad más de lo que la niega cualquier perversión en nuestros días.

Todos nosotros, especialmente los que hemos estado en la iglesia y hemos esperado el segundo advenimiento durante toda nuestra vida, anhelamos la venida de Jesús. Cuando yo era niño pensaba que Cristo vendría mucho antes que terminara mi educación de nivel medio. Con toda seguridad, pensaba, vendrá antes que termine la universidad. No había ninguna posibilidad de que yo llegara a tener suficiente edad como para casarme y tener hijos. Por supuesto, Jesús vendría antes que tuviera que preocuparme de educar a mis hijos en los años de la adolescencia. ¡Y ahora soy abuelo!

Sin embargo, Cristo no ha regresado todavía, y cuán fácil es caer en la trampa de la cual Pedro nos advierte: "Sabido primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación" (2 Ped. 3:3, 4). Y sin embargo, si nuestros ojos están abiertos, veremos ciertamente que no todas las cosas continúan como estaban desde el principio.

Las señales que se ven en el mundo deberían despertarnos a la realidad de los tiempos en que vivimos. Nunca en mi vida había yo visto eventos mundiales, que no sólo anuncian la segunda venida de Jesús, sino que vindican también la singular comprensión de los eventos de los últimos días de los adventistas del séptimo día.

Una de esas señales es que Dios tendrá un pueblo que proclamará el mensaje de los tres ángeles de Apocalipsis 14, un remanente que no meramente profese "guardar los manda-

mientos de Dios", sino que realmente los guarde. Tener nuestros nombres en el registro de la iglesia remanente no es suficiente. Tenemos que renovar nuestra dedicación, volver a sacrificar personalmente nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestra energía, nuestro dinero, nuestro todo para hacer de la tarea asignada al remanente, la predicación del mensaje de los tres ángeles a todo el mundo, una culminante realidad.

Isaías escribió: "Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar" (Isa. 58:12).

Juan el Bautista, en su intento de preparar a un pueblo para la primera venida de Cristo mediante la predicación de un mensaje de la "verdad presente" estaba, en muchas formas, predicando viejas verdades que se habían perdido o que habían sido pervertidas. Del mismo modo, la Iglesia Adventista del Séptimo Día, en nuestro intento por preparar al mundo para la segunda venida de Jesús, es ciertamente, la "reparadora de portillos" de Dios.

La Escritura es clara: Dios ha establecido una iglesia remanente para estos últimos días. Corporativamente, ningún otro cuerpo eclesialístico llena las características de la descripción, —fuera de nosotros— pues somos el único pueblo que ha recibido el mensaje de la verdad presente. No seremos salvos, por supuesto, división por división, unión por unión, asociación por asociación, congregación por congregación, ni siquiera familia por familia. Seremos salvos como individuos. Si seremos salvos o no al fin, es una elección individual, como lo ha sido para el "pueblo de la profecía" de Dios en todas las épocas. ¡Que Dios nos ayude!

Autor

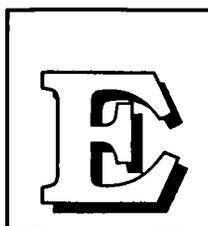
Roberto S. Folkenberg es presidente de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día.

Roberto G. Wearner

CENTENARIO DE LA IGLESIA ADVENTISTA EN ARGENTINA

*Cinco de sus hijos, Juan, Jorge,
Andrés y Benjamín, llegaron a ser
ministros prominentes de la iglesia.*

A lo largo de los años, unos 180 llegaron a ser obreros de la iglesia. Muchos trabajaron en otros países de Sudamérica y como obreros en ultramar. Esta es una gran hazaña protagonizada por una pequeña iglesia del pasado.



El 9 de septiembre de 1994 se conmemorará el primer centenario de la organización de la primera iglesia adventista del séptimo día en la República Argentina y en el territorio de la División Sudamericana.¹

La iglesia mundial, y los más de un millón de miembros bautizados en ocho países sudamericanos, se gozan con los 65 miembros que adoran actualmente en la capilla campestre cerca del área de la Universidad Adventista del Plata.

Viajemos al pasado en alas de la imaginación y observemos lo que ocurrió hace un siglo en las fértiles granjas de la provincia de Entre Ríos, en el centro de Argentina. Un joven ministro de habla alemana, Francisco H. Westphal, acababa de llegar desde el Estado de Illinois, ubicado en la lejana Norteamérica.

El grupo de creyentes se reúne en la casa

de adobe hasta ocuparla al máximo de su capacidad. Algunos están de pie y escuchan desde la puerta que permanece abierta. Se siente el aire helado del final del invierno austral. Se elevan cánticos de gozo y oraciones de alabanza a Dios. Después del sermón de dedicación, el pastor Westphal organiza una iglesia compuesta de 36 miembros y hace una apelación para que otros más se les unan. Es así como la nueva iglesia llega a ser parte del movimiento adventista encargado de predicar en todo el mundo a Cristo y su pronta venida.

Los miembros eligen como anciano a Jorge Riffel, y también eligen a otros dirigentes del grupo. La nueva iglesia empieza entusiastamente su carrera de servicio misionero.

Cuán interesante sería examinar el libro de la iglesia. Desafortunadamente, la lista de los primeros miembros hace mucho que se perdió. Juan Riffel, nieto del primer anciano, elaboró una lista de los apellidos de las familias que considera conformaban este grupo: Hetze, Riffel, Weiss, Schmidt, Bernhardt, Roscher, Frick, Zimmerman, Yanke, Jacobi, Dirivecheter, y otros.²

Sabido es que muchas otras familias vivieron en aquella comunidad adventista. Las mismas se unieron a la iglesia después del 9 de septiembre o figuran entre los "otros". Incluyen a los Brunner, Frank, Schnider, Zeffass, Jegel, Block y Schimpf.³

¿Cómo llegó a saber Francisco Westphal de la existencia de este grupo de observadores del sábado que se reunía en la lejana Argentina? Jorge Riffel, su líder, había estado orando por un pastor desde hacía algún tiempo, y escribió cartas a la Asociación General, en Battle Creek. L. C. Chadwick, de la Asociación General, hizo un viaje de exploración a Sudamérica y los visitó en julio de 1892. Al regresar, recomendó que un ministro de habla alemana fuera enviado a trabajar en aquella zona. Pero el grupo tuvo que esperar dos años más.

En respuesta al pedido Francisco Westphal zarpó desde Nueva York el 18 de julio de 1894, en compañía de su esposa María y sus

dos pequeños hijos.⁴ El hermano de la señora Westphal y su esposa, el señor y la señora Thurston, los acompañaron, y ellos fueron llamados a conducir el ministerio del colportaje en Brasil. El largo viaje comprendía un cruce en trasatlántico y un cambio de barco en Southampton, Inglaterra. El matrimonio Thurston se quedó en Río de Janeiro.

Al llegar a La Plata, Argentina, en un frío y lluvioso día, la familia de misioneros se alegró al encontrarse con R. B. Craig, un dirigente del colportaje, que los esperaba en el muelle. Después de un corto viaje en tren a Buenos Aires, la capital del país, la familia Westphal descansó del largo viaje en el hogar de los Craig.

Al cabo de una semana el joven pastor dejó su familia al cuidado del colportor y su esposa, y viajó por el río Paraná hacia el norte en busca del grupito de adventistas. Se embarcó el domingo 26 de agosto.

Al venir de un clima estival en Illinois, Westphal no estaba preparado para el frío invierno argentino. Sin ropas abrigadoras o cobijas, pronto fue víctima del resfrío y de la gripe.

Llegó a la medianoche al pequeño puerto de Diamante y buscó en vano a alguien que lo llevara a la pequeña comunidad adventista cerca de Crespo. Posteriormente supo que su carta no había llegado y que por tal motivo los creyentes no sabían cuándo vendría. Puesto que todavía no sabía hablar español, tuvo muchas dificultades para comunicarse y pedir información.

Tras descansar unas pocas horas en un hotel, se aventuró a conseguir transporte para Crespo. Un granjero de habla alemana le dijo que sabía dónde vivían los adventistas. Lo invitó a pasar la noche en su casa y le prometió que encontraría a alguien que lo llevara a su destino al día siguiente.

El joven misionero descubrió que las condiciones de vida eran bastante primitivas. La casa del granjero consistía en un cuarto y una cocina. A la hora de dormir llevó al visitante a la cocina donde desplegó una manta en el piso de tierra. Westphal notó que la cocina también

servía de gallinero y corral para gansos y patos. A fin de que el visitante estuviera abrigado el granjero le ofreció su sobretodo ruso bastante grande. El misionero trató de acomodarse lo mejor que pudo esperando conciliar el sueño.

¡Pero no tuvo suerte! En pocos minutos descubrió otro inconveniente, esta vez, no por causa de las aves, sino de los piojos y las pulgas que habitaban en el sobretodo. De un salto se puso en pie y decidió salir afuera a caminar. Pero el ladrido de los perros lo hizo desistir y regresó de nuevo a la cocina. Posteriormente declaró que "por fin llegó la ansiada mañana, y estaba feliz por ello". En poco tiempo encontró a alguien que lo llevara a su destino.

Los creyentes adventistas dieron a Westphal una cordial bienvenida, tan entusiasta como si hubiera sido el apóstol Pablo. Habían estado orando y ansiando la llegada de ese día durante muchos años. Los jóvenes corrieron a invitar a los vecinos para que asistieran a una reunión que se realizaría esa misma noche.

El misionero supuso que la gente se retiraría temprano y así él también podría irse a descansar. Especialmente deseaba deshacerse de las pulgas y los piojos que lo molestaron la noche anterior y durante todo ese día.

Apretujados en la humilde casa como sardinas, la multitud escuchaba ansiosamente el mensaje del evangelio. Después de transcurrida una hora, Westphal concluyó su sermón e invitó a la gente a que regresara la siguiente noche. Ellos oraron, cantaron y sencillamente siguieron sentados. Más tarde escribió: "Miraron con ojos verdaderamente hambrientos de la verdad", y pidieron que continuara. Así que predicó por espacio de una hora más. Nuevamente los despidió. Y otra vez cantaron himnos, y se quedaron sentados. "Me sentí obligado a predicar un tercer sermón, que escucharon con un interés incansable", registra el paciente misionero.

Cerca de la una de la madrugada, el exhausto predicador finalmente persuadió a la gente a que regresara a sus hogares.

Muchos se decidieron por Cristo durante esa primera reunión y durante las noches siguientes. En menos de dos semanas de reuniones nocturnas y visitas durante el día, el evangelista misionero tenía ya un grupo de unas 36 personas listas para formar una iglesia. Se dio cuenta que el problema más grave era el consumo de bebidas alcohólicas.

El interés en el mensaje del tercer ángel continuó aumentando. La feligresía ascendió a sesenta en poco tiempo.

Dado que Francisco Westphal tenía otros compromisos que atender, la nueva iglesia debía depender de líderes laicos, como Jorge Riffel y Reinhardt Hetze.

En vista de que no había un lugar apropiado para que todos los adoradores pudieran reunirse, los miembros hicieron planes inmediatamente para construir una iglesia.⁵ La familia Hetze donó el terreno y los otros miembros hicieron adobes y levantaron las paredes. Algunos vecinos no adventistas ayudaron también en la obra donando su tiempo. Ya con las paredes levantadas, colocaron los tirantes para sujetar la paja que habían juntado para la colocación del techo. Al igual que en sus hogares, el piso era de tierra. Los asientos eran de tablas sin respaldo.

Puesto que la capilla de cuatro paredes no tenía divisiones para la Escuela Sabática, los niños se reunían con los adultos. Los miembros adultos escuchaban mientras los pequeños tenían su lección y los niños permanecían en silencio mientras los adultos estudiaban la suya. Durante la época calurosa los pequeños se reunían afuera debajo de los árboles.

La primera capilla no tenía ni púlpito ni plataforma. Alguien donó un tablón para que fuera colocado al frente del salón. Los que dirigían el culto se sentaban en las sillas. De éstas no había dos que fueran iguales.

La iglesia de adobe sirvió a la congregación desde 1895 hasta 1906, fecha cuando se construyó un edificio más amplio, con paredes de ladrillo, en otro lugar.

La capilla de los pioneros permanece sólo

como un recuerdo sagrado. Los miembros la desmantelaron cuando se mudaron al nuevo edificio. Hasta donde sabemos, no existe ninguna fotografía del lugar.

Al igual que los adventistas de otras partes, estas familias también deseaban que sus hijos tuviesen una educación cristiana. Le pidieron al pastor Westphal que trajera a su esposa desde Buenos Aires para que les enseñara. Fue por eso que en su siguiente viaje le acompañaron María y su hijo Carlos. Su pequeña hija había muerto. Mientras su esposo estaba ausente, la señora Westphal se reunía con los niños y les enseñaba a cantar y a orar. Sus únicos libros de texto eran una Biblia en alemán y un himnario. Trabajó con mucha dificultad a causa del idioma. El pastor, su esposo, era de ascendencia alemana, ella no.

Poco tiempo después, un maestro de habla alemana se hizo cargo de la educación de los niños. Iba de casa en casa enseñando, y permanecía con la familia unos días. Les daba a los estudiantes una buena iniciación en la lectura y la escritura. Desafortunadamente, su hábito de la bebida se llevó lo mejor de él y desapareció después de tres meses. Así terminó la escuela ese año. Cuando se construyó la iglesia de ladrillos, ésta también sirvió como escuela. Los padres pagaban a los maestros. Pero hacia fines de la década de 1930 se inició una escuela permanente bajo la supervisión de la asociación. En 1952 se construyó el edificio del plantel. Veintenas de misioneros y obreros de la iglesia tienen sus raíces en la escuela de Crespo Campo.

Durante los primeros años el pastor Westphal visitó muchas veces a las familias que construyeron esta pequeña iglesia en Argentina. Y no cabe duda que le contaron acerca de sus raíces en Rusia y de cómo conocieron por primera vez el mensaje adventista. Nunca se cansaban de relatar las historias a sus hijos y sus nietos, así que no cabe duda que la compartieron con su pastor. Resumiremos algunas de las historias que llegaron hasta nosotros.

Catalina II gobernó Rusia desde 1762 hasta

1796. Era hija de un príncipe alemán y fue a Rusia a la edad de 15 años para casarse con el presunto heredero. Asumió el poder a la edad de 33 años y promovió la colonización extranjera en gran escala. Los alemanes, incluyendo a los antepasados de las familias involucradas en la historia de Crespo Campo, fijaron sus colonias en el sur. Debido al excesivo trabajo, algunos de sus descendientes emigraron a Norteamérica un siglo después.⁶

Tres hombres jóvenes con sus esposas, todos nacidos de estos alemanes residentes en Rusia, figuran en nuestra historia. Eran Federico y Jorge Riffel y Reinhardt Hetze.

A mediados de la década de 1870 los hermanos Riffel decidieron emigrar al Nuevo Mundo. Federico, el mayor, tomó a su esposa Cristina y se dirigió al Estado de Kansas ubicado en las planicies de Norteamérica. Empezaron tareas agrícolas en el condado de Marion y prosperaron. En agosto de 1883, Federico tenía suficiente dinero como para comprar su propia granja cerca de Hillsboro.⁷

Jorge eligió el sur del Brasil como hogar para su familia compuesta de su esposa María y su hijo David de tres años.⁸

Después de haber permanecido cuatro años en el Estado de Río Grande del Sur, la familia se mudó a la provincia de Entre Ríos, Argentina, donde se encontraron con varios amigos alemanes de Rusia. Pero el infortunio tocó a su puerta. Después de unos pocos años la cosecha falló y una plaga de langostas lo forzó a mudarse otra vez. Federico le escribió contándole de su prosperidad en el estado productor de trigo del centro de los Estados Unidos, y lo urgió a trasladarse.

Y así, después de una década de separación, los hermanos Riffel se encontraron cultivando la tierra en el mismo condado en Kansas. Fue entonces cuando ocurrió un incidente que cambió por completo el curso de sus vidas.

L. R. Conradi, evangelista alemán de 29 años, procedente de Michigan, Estados Unidos, asistido por S. S. Shrock, pastor adventista residente en aquella zona, realizó reunio-

nes en Hillsboro y Lehigh. En un informe publicado en el boletín de la iglesia, Conradi alabó a Dios por la excelente respuesta que tuvieron. Se organizaron dos iglesias con un total de 251 miembros.⁹

Ambas familias Riffel asistieron regularmente a las reuniones, y se conmovieron con los mensajes proféticos de la Biblia. Cuando el evangelista hizo un llamado para que aceptaran a Cristo y obedecieran sus mandamientos, ellos respondieron con gozo. Al parecer, ya habían leído libros adventistas antes que llegara Conradi, ya que existe un registro en el que se menciona a un colporteur alemán.¹⁰

Mientras cultivaba el fértil suelo de Kansas, Jorge pensó en sus amigos de Argentina. Les escribió cartas entusiastas sobre su nueva fe y les envió folletos y libros. Con el tiempo recibió cartas de Entre Ríos que indicaban que la semilla había caído en suelo fértil. Un amigo le escribió diciendo que guardaría el sábado siempre y cuando tuviera a alguien que lo acompañara en su observancia.¹¹

Esta noticia movió a Jorge a la acción. El y su esposa se convencieron de que debían regresar a la Argentina como evangelistas laicos. Oraron fervientemente pidiendo la dirección de Dios. Su hijo David, que a la sazón tenía 15 años de edad, fue bautizado por H. H. Shultz, en 1888, y cooperó voluntariamente en la aventura misionera.

Federico, padre de diez hijos en ese entonces, decidió permanecer en Kansas. Pero Jorge encontró a otras tres familias adventistas alemanas que estaban dispuestas a acompañarlo a la Argentina. Las familias de Oswaldo Frick, Adán Zimmerman y Augusto Yanke vendieron todo, empacaron sus efectos personales y se embarcaron rumbo a la Argentina a fines de 1889.

Al llegar las tres familias a Buenos Aires, involuntariamente se demoraron en el proceso migratorio. Jorge y su familia no podían esperar más. Se embarcaron por el río Paraná con dirección al norte, a la provincia de Entre Ríos. Llegaron al pequeño puerto de Diamante un

viernes por la tarde a comienzos de 1890. La fecha exacta se desconoce.

Mientras descendían al muelle, Reinhardt Hetze los saludó con una gran sonrisa. Era un amigo alemán que habían conocido en Rusia y que había llegado a la Argentina después de que los Riffel partieron a Kansas.¹²

Hetze subió a los Riffel a su carro y emprendió el viaje de regreso a su hogar en Barranca Blanca, que distaba unos 16 kilómetros de allí. Mientras viajaban durante esa cálida tarde de verano, Jorge sacó su Biblia y le dio a su amigo un estudio bíblico sobre la doctrina del sábado. Hacía ya tiempo que Reinhardt había escuchado que el sábado era el día santo, pero se había resistido a obedecer. Fue en ese momento que decidió aceptarlo y observó fielmente el día sagrado hasta su muerte ocurrida unos cincuenta años después.

Al llegar, María Gerlach dio a los tres viajeros la bienvenida a su hogar. Al día siguiente Jorge dirigió una Escuela Sabática allí. Uno de los miembros más jóvenes del grupo era Hanna, de 4 años, hija de Hetze, que años después recordó que el tema tratado había sido "Adán y Eva". Quizás por falta del folleto trimestral Jorge decidió comenzar relatando la Biblia desde el comienzo. (Aunque este humilde hogar ha desaparecido hace mucho tiempo, el lugar se encuentra cerca de la actual ubicación del Sanatorio Adventista del Plata y de la Universidad Adventista del Plata.)¹³

Contentos con este éxito inicial, los Riffel se dedicaron a evangelizar a la comunidad del área de Crespo donde habían vivido antes de partir a Kansas. Pronto llegaron otras tres familias, y todos se pusieron a cultivar la tierra. Aunque cosechaban maíz y trigo, consideraban que su principal ocupación era la proclamación del mensaje del evangelio.

El grupo de observadores del sábado organizó una villa adventista denominada "La Isla", que cubría un área entre dos arroyos. Años más tarde Hanna recordaría que había dos hileras de casas separadas por un camino. Fue allí donde el pastor L. C. Chadwick los encon-

tró en su breve visita en julio de 1892.

Las reuniones religiosas se llevaban a cabo en el hogar de los Hetze. Ellos se habían mudado para estar cerca de los otros creyentes. Jorge encontró un buen sitio donde realizar bautismos cerca del hogar de los Schimpf en un arroyo cercano. Había sido autorizado para celebrar este rito antes que llegara un ministro ordenado.

En las décadas que siguieron a la organización de Crespo Campo, los miembros mostraron un interés activo en el crecimiento de la iglesia en toda Sudamérica. Contribuyeron decisivamente al establecimiento del Sanatorio y el Colegio Adventista del Plata en Villa Libertador San Martín. Animaron a sus hijos y sus hijas a ser obreros en la causa. A lo largo de los años, unos 180 llegaron a ser obreros de la iglesia. Muchos trabajaron en otros países de Sudamérica y como obreros en ultramar. Esta es una gran hazaña protagonizada por una pequeña iglesia del pasado.

La familia de Jorge Riffel es un ejemplo notable. Su único hijo, David, se casó con Julia Weiss, hija de otra familia pionera. Este matrimonio tuvo dieciséis hijos, trece varones y tres mujeres, doce de los cuales llegaron a la edad adulta como miembros fieles de la iglesia. Cinco de los hijos, Juan, Jorge, José, Andrés y Benjamín, llegaron a ser ministros prominentes de la iglesia. María, hermana de estos cinco obreros, se casó con Daniel Weiss y sirvieron a la iglesia durante cuarenta años.¹⁴ Muchas de las generaciones posteriores también se unieron a las filas de obreros. Lo mismo ocurrió con otras familias de pioneros.

¡Felicidades compañeros creyentes de la Argentina, en este histórico aniversario! Nos han dejado un buen ejemplo de lealtad y dedicación. Estamos emocionados al saber que muchos de vuestros jóvenes han llegado a ser misioneros. Quiera Dios bendecirlos en su servicio. Esperamos encontrarnos pronto con ustedes, cuando venga Jesús, para llevarnos al hogar.

REFERENCIAS.

1. Algunos, erróneamente, denominan a esta iglesia como la primera en Sudamérica. Pero este honor le pertenece a la iglesia organizada de Georgetown, Guayana Británica (ahora Guyana) por G. Rupert, en 1887 (véase la SDA Encyclopedia, pág. 547).

2. Carta del 24 de febrero de 1984.

3. Entrevista del 2 de febrero de 1964 a Hanna Hetze de Bernhardt.

4. El pastor Westphal relató su historia en *The Review and Herald* del 30 de octubre de 1894, y en su libro *Pioneering in the Neglected Continent*, págs. 9-15. Véase también la SDA Encyclopedia, págs. 68, 69.

5. Entrevista del 2 de febrero de 1964 a Hanna Hetze de Bernhardt, quien tenía unos diez años cuando se construyó la capilla.

6. *The Encyclopedia Britanica*, págs. 53, 54, 63.

7. Sandra Van Meter, *Marion County Kansas Past and Present*. La autora describe el condado donde vivieron los Riffel. Menciona a varias iglesias adventistas y sus dirigentes.

8. *La Revista Adventista*, 21 de junio de 1937; *Adventist Review*, 13 de septiembre de 1984.

9. *Review and Herald*, 13 de enero y 17 de noviembre de 1885; 12 de agosto de 1920.

10. *La Revista Adventista*, abril de 1966.

11. *The Home Missionary*, diciembre de 1895.

12. Una tradición de la familia sostiene que el encuentro fue fortuito. Un Hetze nostálgico esperaba encontrar amigos entre los recién llegados. Otra tradición dice que había recibido cartas de Riffel y que lo esperaba.

13. *La Revista Adventista*, 1 de abril de 1940; entrevista a Hanna Hetze de Bernhardt, 2 de febrero de 1964; carta de Juan Riffel del 8 de abril de 1984.

14. *La Revista Adventista*, 21 de junio de 1937; carta de Juan Riffel del 24 de febrero de 1984.

Roberto G. Wearner es pastor jubilado, radicado actualmente en los Estados Unidos de Norteamérica. Hace algo más de dos décadas, trabajó como misionero en el área de la enseñanza en la Unión Austral.

(Este artículo es una colaboración del Centro de Investigaciones White de Villa Libertador San Martín, Entre Ríos, Argentina.)

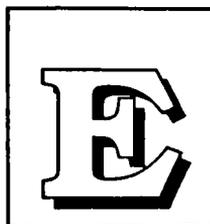
Wilson Sarli

ENTREVISTA

LA CRISIS NO JUSTIFICA EL ATRASO

Deberíamos tener una visión amplia de la obra de Dios, especialmente en estos tiempos finales de misión global.

El llamado al ministerio de la predicación es una experiencia emocionante e inexplicable. Es algo que se siente en el lugar más recóndito del ser. No es forjado por el hombre, pues es un asunto motivado por el Espíritu Santo.



El pastor Wilson Sarli nació en Jaú, Sao Paulo, Brasil, el 10 de julio de 1929. Sus padres fueron el pastor Herminio Sarli y Eulalia M. Sarli. Después de concluir sus estudios de teología

en el Instituto Adventista de Ensino, el pastor Sarli ejerció las siguientes funciones en la obra adventista:

Obrero bíblico (1956-1957); pastor distrital (1958-1960 y 1985); departamental de JA y Educación, en la antigua Asociación Paulista (1961-1962); presidente de la Misión Brasileña Central (1963-1968); presidente de la antigua Asociación Paulista (1969-1976), gerente general de la Casa Publicadora Brasileña (1977-1984); presidente de la Asociación Catarinense (1986-1988).

Actualmente, además de secretario, está bajo su responsabilidad la presidencia de la Asociación Ministerial de la Unión del Sur del

Brasil. En ocasión del Concilio Ministerial realizado en Camboriú, SC, Brasil, concedió esta entrevista a Rubén Scheffel.

Ministerio: ¿Cómo, y en qué ocasión, se sintió llamado al ministerio pastoral?

WILSON SARLI: En primer lugar, quiero decir que el llamamiento al ministerio de la predicación es una experiencia emocionante e inexplicable. Es algo que se siente en el lugar más recóndito del ser. No es forjado por el hombre, pues es un asunto motivado por el Espíritu Santo; es algo que surge del interior hacia el exterior y no del exterior hacia el interior. En el primer caso prevalece el llamamiento que proviene de Dios; en el segundo, la voluntad humana.

En cuanto a mí, antes de ir al colegio (antiguo CAB), ya sentía algo que "hablaba" sobre ser pastor pero, en realidad, ese algo íntimo sólo tomó cuerpo y creció cuando estaba en el colegio y estudiaba "a los pies" de consagrados maestros como Jerónimo García, Siegfried Kumpel, Julio Schwantes, Rodolfo Belz y otros. Eran hombres que, por su venerable experiencia, marcaron época en la historia de la iglesia aquí en Brasil. Para ellos, lo más importante no era la erudición académica sino la predicación de la Palabra en su profunda sencillez. Al final de cada clase, los alumnos teníamos ganas de dejarlo todo y salir al campo a predicar. El ministerio de esos grandes hombres fue y sigue siendo una fuerte motivación para muchos obreros.

MINISTERIO: De todos los cargos que ha desempeñado, ¿cuál es el que más apreció y por qué?

WILSON SARLI: Esa es una pregunta difícil de responder, pues siempre me gustó lo que hacía. Con la ayuda de Dios, procuré hacer de cada actividad un ministerio, por tanto, no había motivos para gustar más de una y menos de otra. Me agradaron todas.

MINISTERIO: ¿Se considera usted plenamente realizado, o todavía hay alguna cosa que le gustaría hacer?

WILSON SARLI: Exactamente en el mes de febrero cumpliré 38 años de ministerio ininterrumpido, de los cuales 32 los dediqué a la dirección de los departamentos y a la administración. Puedo afirmar que, gracias a que Dios me permitió hacer lo que hice en todo ese tiempo, y a pesar de todas mis debilidades y limitaciones, me siento plenamente realizado. Por supuesto me habría gustado llevar a cabo una cantidad de otros proyectos y realizaciones, que por motivos diversos, no pude efectuar. En ese sentido, desde el punto de vista positivo, soy un obrero insatisfecho. Siempre hay algo más que podríamos haber hecho.

Me entristezco cuando veo a obreros satisfechos con la mera realización de lo obvio, de lo común, de lo rutinario, que no van más allá de la primera milla. Están siempre temiendo errar, son muy cautelosos y nunca quieren correr riesgos en la prosecución de empresas nuevas y difíciles. Deberíamos tener una visión amplia de la obra de Dios, especialmente en estos tiempos finales de misión global.

MINISTERIO: ¿Cuál fue la experiencia más sobresaliente en su ministerio?

WILSON SARLI: Cada aspecto de mi ministerio fue realmente una experiencia notable, tanto en el área del evangelismo como en el pastorado distrital y en los departamentos. Pero, fue el área administrativa la que realmente me entusiasmó e hizo historia con el proyecto del traslado de la Casa Publicadora Brasileña, de Santo André para Tatuí, a pesar de los aparentes e insalvables obstáculos, uno de los cuales era la inflación. Ocurría que, si íbamos a esperar que la inflación bajase, estaríamos esperando hasta hoy, y no puedo imaginar lo que habría sido de la Casa Publicadora Brasileña si hubiese continuado donde estaba. Ya sea que algunos lo crean o no, las grandes

cosas que se hicieron para Dios y su iglesia en el transcurso de la historia, fueron hechas en tiempos de crisis. La crisis no debe ser excusa para no hacer nada o retrasar el desarrollo de la obra de Dios.

Los pastores necesitan siempre de un consejero ministerial muy confiable... Para tal función, no es necesario ni importante alguien que haga ruido, estruendo en sus sermones, sino que sea sobrio.

MINISTERIO: Háblenos de las alegrías de su ministerio (o de las victorias y frustraciones).

WILSON SARLI: El ministerio, como un todo, consiste en una combinación de alegrías y tristezas, victorias y frustraciones. ¿Acaso no fue esa la experiencia de los apóstoles y, destacadamente, de Pablo? Por contraste, una alegría en el ministerio hace que se borre y olviden todas las frustraciones y tristezas. Las alegrías y las victorias siempre son proporcionadas por Dios. Las frustraciones y tristezas son proporcionadas por los hombres. Siempre por los hombres.

Hablar de estas situaciones ambivalentes

sería muy difícil. A pesar de que, muchas veces, en aquellos momentos de depresión tenemos la tendencia a lamentarnos, pues somos humanos; yo prefiero decir que el ministerio fue y sigue siendo la gozosa realización de mi vida pues, en la expresión del pastor Roy Alan Anderson, "el ministerio debe ser más que una manera de ganarnos la vida. Debe ser el único modo mediante el cual un hombre puede vivir".

MINISTERIO: ¿Aceptó usted siempre todos los llamados?

WILSON SARLI: Sí. Los acepté. A pesar de que nunca me había propuesto aceptar cualquier llamado que me llegase. Yo no creo que debemos aceptar todos los llamados que nos llegan. Dios nos da la facultad de la razón y el derecho de elegir. Y la obra también. Cuando recibimos un llamado, debemos hablar con Dios y solicitar la ayuda del Espíritu Santo a fin de tomar la mejor decisión. Es posible que en alguna ocasión él nos diga que debemos aceptar y, en otras, que no debemos hacerlo. Si, de antemano, yo me propusiera aceptar automáticamente todos los llamados que reciba, no necesitaría solicitar la dirección divina. Mi decisión ya habría sido tomada sin darle oportunidad al Espíritu Santo. En mi caso, siempre decidí cuando tenía el llamado en mis manos. En ese momento oraba, pidiendo la orientación divina. Sucede que en esa fase de la decisión, yo siempre me sentía más tranquilo y en paz ante el pensamiento de aceptar, que de no aceptar. Fue así como los acepté todos.

MINISTERIO: ¿Hubo algún modelo humano que lo inspiró a entrar en la obra?

WILSON SARLI: Sí, lo hubo. En primer lugar, mi padre, el pastor Herminio Sarli, quien siempre procuraba inculcar en nuestra mente que ser un obrero en la causa de Dios era la cosa más sublime que alguien pudiera alcanzar. Pero también mis maestros de teología, algunos de los cuales ya los mencioné, hicieron

algunos de los cuales ya los mencioné, hicieron germinar ese ideal dentro de mí.

MINISTERIO: ¿Qué le motivó a escribir el libro "Colportagem", al conmemorarse cien años de la historia de las publicaciones en Brasil?

WILSON SARLI: Mi motivación principal fue el deseo de contribuir al reclutamiento de nuevos colportores. Contrariamente a lo que algunos creen, yo pienso que Dios ha reservado mayores cosas para el ministerio de las publicaciones en este final del siglo. Si creemos realmente en lo que escribió Elena G. de White al respecto, entonces tenemos que apoyar ese trabajo hasta las últimas consecuencias, sin medir sacrificios para que ocupe el lugar que siempre tuvo en el plan de Dios. Es una fuerza misionera que no puede ser subestimada, especialmente en el contexto de la misión global.

MINISTERIO: ¿Podría evaluar el uso del púlpito adventista en la actualidad?

WILSON SARLI: Durante la conmemoración del año del pastor (1993), yo dije que deberíamos aprovechar la ocasión para realizar nuestro ministerio. Desde mi perspectiva, y me gustaría estar equivocado, hay muchas cosas que absorben la atención del pastor, haciendo que le quede muy poco para lo esencial: la predicación. Hay púlpitos pobres. Otros, abandonados. Algunos están vulgarizando el púlpito con expresiones e ilustraciones grotescas, y hasta en su apariencia personal. Otros no se preparan debidamente y el mensaje es pobre, sin contenido. Prueba de ello es la dificultad que tenemos para escoger un pastor para una iglesia de cierto nivel. Sin embargo, tanto los pastores como las iglesias más sencillas, como los de las iglesias más exigentes, deben ser pastores eficientes.

Hay, sí, muchos pastores que toman en serio su ministerio, que no se envuelven en "negocios de este mundo", y que respetan al

rebaño que les fue confiado, alimentándolo debidamente. Por consiguiente, debemos reconocer que es imperativo un reavivamiento entre nuestros ministros, en el sentido de mejorar nuestra predicación, eliminando todo aquello que no sea esencial. Tenemos que revitalizar nuestro ministerio y predicar con el poder del Espíritu Santo.

MINISTERIO: ¿Cómo definiría usted a un obrero de éxito?

WILSON SARLI: Un obrero de éxito es aquel cuyo pastorado sigue las pautas del Príncipe de los pastores. Su éxito consiste en no tener otros intereses en la vida. Su éxito se mide por el éxito de Jesús. Cuando ve los resultados de sus esfuerzos, gracias al auxilio del Espíritu Santo, se siente satisfecho. Ese crédito se torna cada vez más expresivo cuando ve que las vidas van siendo transformadas por el poder de Jesús y se considera más y más un instrumento en la ganancia de almas. El éxito de un obrero está vinculado a su propia experiencia, y es el obvio resultado de una vida transformada por la convivencia diaria con las Escrituras y con Cristo.

MINISTERIO: ¿Cree usted que la Misión Global es un "slogan" más, o un programa inspirado que va a concluir la obra?

WILSON SARLI: Creo sinceramente que la Misión Global es un programa de Dios, puesto a disposición de la iglesia para la conclusión de la obra del Señor en la tierra. Para mí, los grandes desafíos de la Misión Global son una proyección de los desafíos que me rodean, en mi pequeño mundo, con todas sus necesidades. Así, los desafíos de la evangelización comienzan aquí, para alcanzar los confines del mundo.

MINISTERIO: ¿De qué modo la Asociación Ministerial puede ayudar al pastor? ¿Cree que está cumpliendo su cometido?

WILSON SARLI: El secretario ministerial es el pastor de los pastores. Al frente de la Asociación Ministerial de cualquier nivel, siempre debería estar alguien que sea respetado, obedecido y amado, cuya vida ministerial no sea cuestionada. Un hombre que, por su respetabilidad y capacidad, pueda ayudar a los ministros en su desarrollo, conduciéndolos, por su ejemplo, a una relación personal con Jesús y a una concepción bien clara de lo que significa ser un pastor. Que tenga cualidades para fortalecer la fe de los ministros adventistas. Debe estar dotado de un mínimo de preparación, que no avergüence ni a los pastores ni a la iglesia cuando tenga que defender principios doctrinales en cualquier lugar y ante cualquier persona. Además, debe ser alguien que tenga credibilidad entre el cuerpo ministerial. Que, al levantarse para hablar a los ministros, sea escuchado con atención, respeto y silencio; y que cuando termine de presentar su mensaje, los pastores hayan oído algo que les habló al corazón, que les infundió una nueva motivación para llevar a cabo un ministerio más dedicado y fructífero.

Tenga cuidado con la excesiva erudición que nubla la belleza del evangelio. Predique la Biblia con claridad y sencillez

Los pastores necesitan siempre de un consejero ministerial muy confiable, de tal modo

que en un momento de crisis no titubee en buscarlo, si fuere necesario. Para tal función, no es necesario ni importante alguien que haga ruido, estruendo u ostentación en sus sermones, sino que sea sobrio, que dignifique el púlpito, que use el lenguaje propio de un predicador del evangelio, que pueda decir como Pablo: "Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo" (1 Cor. 11:1). ¿Imposible? No. No sólo debe ser posible, sino necesario.

Ahora, si la Asociación Ministerial, en los diversos niveles, está cumpliendo su papel, cada pastor podrá sacar sus conclusiones. Hace tiempo conocí a un secretario ministerial que, al saludar a un pastor, le preguntaba primero por los bautismos, sin mencionar nada sobre la esposa y los hijos. Yo creo que todo tiene su lugar y su momento apropiados. Creo que en una visita ministerial no debemos mezclar asuntos administrativos. El secretario ministerial ha sido constituido como pastor y no como administrador, sin que esto implique que el administrador no deba actuar también como pastor. Está allí para aconsejar, animar y ayudar espiritualmente al pastor y a su familia. Nada de evaluaciones.

Nuestro principal objetivo como secretarios ministeriales debe ser promover la vida espiritual de los pastores y sus familias, y ayudarlos a desarrollar un programa bien equilibrado de trabajo, devoción personal, dedicación a la familia y recreación.

MINISTERIO: ¿Qué consejo daría usted a un aspirante al ministerio?

WILSON SARLI: Si usted siente que fue llamado por Dios, entre en el ministerio con alegría. Sea siempre un siervo dispuesto a servir y un discípulo listo a aprender. Tenga cuidado con la excesiva erudición que nubla la belleza del evangelio. Predique la Biblia con claridad y sencillez, sin afectación; preocúpese que sus mensajes lleguen honda y directamente al corazón de sus oyentes. Ame al rebaño que Dios le confió. Visítelo. Asístalo.

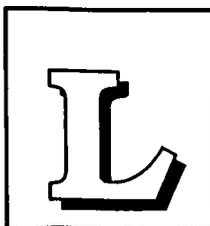
Josney D. Rodríguez

¿ES USTED ASPIRANTE AL MINISTERIO?

Alud de temores y mar de ambiciones

Al iniciar su trabajo, el aspirante adopta un concepto positivo de su obra y organiza un plan que define los objetivos de su ministerio.

El joven aspirante al ministerio siente el peso de las exigencias de la iglesia y de la organización en la persona de sus dirigentes.



a vida estudiantil quedó anclada en el ayer. Amigos, maestros, condiscípulos; los días de fatigoso estudio y desvelos, éxitos y fracasos, no son más que recuerdos celosamente

guardados en las estancias del corazón, momentos que no volverán a repetirse.

El joven ministro enfrenta la realidad del trabajo para el cual se ha preparado duramente. Sin embargo, la ilusión de comenzar el trabajo en su primer distrito, no impide que su mente se vea sacudida por la duda, la inseguridad y una cantidad de interrogantes. Se siente invadido por un mosaico de sentimientos encontrados: optimismo y pesimismo; teoría y realidad; capacidad e incapacidad... Y, sumado a todo esto, la obligación de definir sabiamente cada uno de estos sentimientos. El joven ministro, en este caso, es como un caminante que se apresta a comenzar su viaje y debe elegir



las cosas que llevará en su valija. De esto dependerá su éxito.

¡Temores del aspirante!

Al iniciar su trabajo, el aspirante adopta un concepto positivo de su obra y organiza un plan que define los objetivos de su ministerio. Allí se funden en un todo congruente lo que aprendió en el seminario y lo que ha oído y recibido a través de consejos provenientes de diversas fuentes, y con este plan de "viaje" se dispone a comenzar su labor. Pero en su fuero interno lo asalta un constante temor: ¡el fracaso!

Este temor puede surgir en la mente del aspirante al descubrir que la realidad del campo difiere mucho del romance de la aventura ministerial. Antes, el ideal le inducía a ver un amplio horizonte de posibilidades delante de él; pero es posible que la realidad le muestre soberbias montañas de dificultades donde el idealismo veía suaves colinas. Una de esas montañas son las grandes responsabilidades que tiene que asumir y que dejan al descubierto su inexperiencia e incapacidad. Observa a cada paso que la teoría y la realidad no siempre son compatibles.

Cambia también su comprensión de las necesidades de la iglesia. Sabe que ella no espera una transmisión mecánica de conocimientos acerca de Dios, sino un modelo de cristianismo práctico. No necesita tanto que le hablen en un lenguaje que le resulta difícil entender, sino un mensaje lleno de poder proveniente de la Palabra de Dios. No desea una ampulosa elocuencia, sino una comunicación clara y sencilla del mensaje de Dios. No desea a alguien que la gobierne, sino alguien que trabaje a su lado: un líder, un guía, un ejemplo.

Todo lo anterior obliga al aspirante a cambiar el enfoque de su ministerio. Ya no lo ve como una profesión, sino como una vocación a la cual fue llamado por Dios. La comprende como una sumisión total de sus ideales, incluso de sus propias necesidades y las de los suyos, en bien de la obra de Dios. Recién entonces

empieza a comprender lo que quiso decir Pablo cuando escribió: "Pablo, siervo de Jesucristo" (Rom. 1:1).

Y así, al comprender la grandeza y santidad de la obra en la que está empeñado, el aspirante se pregunta: "Para estas cosas, ¿quién es suficiente?" ¿Sirvo yo para esta obra? La búsqueda de respuestas a estas preguntas puede constituirse en una verdadera lucha con Dios. Con el paso del tiempo, al ver las bendiciones de Dios sobre su trabajo manifestadas en almas que se entregan al Señor, sale vencedor en su lucha con Dios y comienza a sentir que ha sido llamado por Dios "como lo fue Aarón" (Heb. 5:4). De allí en adelante, lo único que puede hacer es aferrarse al Todopoderoso y decirle: "No te dejaré si no me bendices".

Este período de lucha interior, seguir adelante o no, se ve acompañado por otras circunstancias que, por ser nuevas, crean tensión en la vida del joven ministro.

Superando dificultades

El joven aspirante al ministerio siente el peso de las exigencias de la iglesia y de la organización en la persona de sus dirigentes. No se siente seguro de poder satisfacer plenamente tantas expectativas, pero decide hacer todo lo mejor. Despliega sus mejores esfuerzos para hacer su trabajo a la perfección. Lamentablemente, descubre con bastante frecuencia que es más falible de lo que había pensado. Esta situación le crea una sensación de inseguridad que puede ser muy angustiada si no logra superarla. Con el tiempo, cuando ya haya adquirido experiencia, comprenderá que todos somos humanos, imperfectos, propensos al error, y que sólo con la ayuda divina se pueden superar las deficiencias. Así, con el paso del tiempo, su vida ministerial se ve enriquecida y la frecuencia y gravedad de sus errores van disminuyendo. Y los problemas, antes grandes y difíciles, comienzan a verse en su justa proporción.

Durante este difícil período de ajuste, el aspirante puede sentirse dolorosamente herido

por el puñal de la crítica destructiva. Es muy importante la forma en que decida afrontar este peligroso enemigo que puede dejar marcado su ministerio e, incluso, destruirlo. Hay dos actitudes que el aspirante al ministerio puede asumir frente a la crítica: 1) Sentirse agraviado personalmente y albergar sentimientos de auto-compasión y rencor contra sus críticos. Esto puede convertirse en una pesada carga que, a la larga, puede hundirlo en un pozo de amargura. 2) Impedir que la crítica penetre y afecte la fuente de la vida: la mente. Puede y debe decirse a sí mismo: "No permitiré que esto arruine mi vida. Examinaré esta crítica y aceptaré lo que tenga razón y me olvidaré de lo demás".

¿Qué consejos podrían dársele al aspirante para que salga airoso de esta etapa difícil, hasta convertirse en un pastor maduro y experimentado? Sólo daré algunos, y su propia experiencia le trazará la ruta finalmente.

Una relación constante con Dios fortalecerá al aspirante.

1. Recuerde que ha sido llamado por Dios

Usted ha sido llamado por Dios lo mismo que Moisés, Josué, Pedro, Jacobo y Juan. No ocupa un lugar en la viña del Señor por casualidad. Cuando muchos oraron al Señor, siguiendo el consejo de Jesús, pidiéndole que enviase "obreros a su viña", Dios le envió a usted. Usted es un elegido de Dios quien le llamó a su obra. El que le llamó le dará la victoria, pues "todos sus mandatos son habilitaciones". Sólo cuando este pensamiento domine su vida, desaparecerá la inseguridad y la indecisión, y

el poder de Dios lo llenará.

2. Dios es el verdadero apoyo

¿En quién debe descansar su confianza? ¿En los compañeros? ¿En la iglesia? ¿En sus capacidades y conocimientos? Sabemos claramente que no, porque si así ocurriera, usted y su ministerio se derrumbarían como castillo de arena. La fe y la confianza deben reposar en Dios, y ésta crecerá a medida que aprendamos a confiar más y más en él.

Una relación constante con Dios fortalecerá al aspirante como fortalece al pastor al afrontar las difíciles tareas de su cargo sagrado. Digamos como David: "A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido" (Sal. 16: 8; cf. 2 Crón. 16:7).

3. No piense demasiado en sus errores

No piense demasiado en sus errores, sino en las lecciones que puede desprender de ellos. Moisés escribió: "Enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría" (Sal. 90:12). Pensar demasiado en los errores es doloroso y autodestructivo. Por tanto, saque toda la enseñanza que pueda de ellos y luego olvídelos. Siempre recordaré el consejo de un discípulo mío el día que prediqué por primera vez y cometí grandes equivocaciones. A la salida me dijo: "Recuerda que nadie es perfecto, por eso los lápices tienen borrador".

4. Cultive el arte de pensar antes de hablar

Si Pedro hubiera sido tardo para hablar, no habría cometido tantos errores. Contra este peligro Elena G. de White da el siguiente consejo: "En un momento una lengua precipitada, apasionada y descuidada, puede hacer un daño que el arrepentimiento de toda una vida no podría deshacer" (*La educación*, pág. 237).

El habla es uno de los dones más maravillosos otorgado por Dios, pero su uso equivocado puede producir graves problemas, profundas heridas que después serán perennes cicatrices

que a veces sólo la muerte podrá borrar. Con justa razón los escritores bíblicos presentaron con sumo cuidado la forma en que debe usarse ese don. Ellos hablaron de su poder destructivo (Prov. 18:21; 29:20; Sant. 3:5), de su efecto trascendente en el futuro (Mat. 12:36) y del poder del silencio (Prov. 29:20). Por tal motivo, es oportuno el consejo de Santiago: "Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse" (Sant. 1:19).

Aproveche la crítica para mejorar... servirá de impulso para realizar las mejoras necesarias. Siempre habrá detractores insatisfechos que lanzarán sus críticas.

5. Escuche el consejo de la experiencia

En 2 Crónicas 10 encontramos el triste caso del joven rey Roboam, que no quiso escuchar la voz de los viejos consejeros de su padre. El resultado fue la división del pueblo de Dios y su consiguiente caída en la apostasía. ¡Cuánta tristeza se hubiera evitado, y la historia habría sido diferente, si en lugar de seguir el consejo de la inexperiencia, Roboam hubiese escuchado los sabios y maduros consejos de los que ya conocían la vida!

6. Vacúnese contra la crítica

¿Qué hace usted cuando lo critican? ¿Se enoja, guarda rencor, se justifica, responde con otra crítica? Salvador Iserte, en su libro *Los peligros del pensamiento mal dirigido* sugiere tres pasos a seguir: a) Dé amablemente las gracias, b) pida datos concretos a su crítico, c) aproveche la crítica para mejorar. Estos tres pasos ayudan a desarmar a nuestros detractores si su crítica ha estado anclada en la mezquina envidia o la maledicencia; o si, por el contrario, es justificada, servirá de impulso para realizar las mejoras necesarias.

Una palabra más: Siempre habrá detractores insatisfechos que lanzarán sus críticas: ¡espérelas!, son parte de la vida. Piense en Cristo quien también fue criticado, y propóngase en su corazón no dejar que estas cosas le impidan conciliar el sueño y hacer la obra de Dios.

7. Esfuércese y sea valiente

Cuando Moisés puso sobre Josué la pesada carga del liderazgo del pueblo de Dios y la responsabilidad de conducirlo hasta la tierra de Canaán, le exhortó diciendo: "Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo dondequiera que vayas" (Jos. 1:9).

Es probable que, cual Josué, sientas el peso de la responsabilidad, reconozcas que tienes altos ideales pero poca capacidad para alcanzarlos por tus propios esfuerzos. No te dejes dominar por el pesimismo, y recuerda lo que dijo Isenhower: "El pesimismo jamás ganó una batalla". Solamente si sigues el consejo de Moisés y te esfuerzas y eres valiente con la ayuda de Dios; si luchas con tesón en procura de tus ideales; y si recuerdas que Jehová tu Dios irá contigo dondequiera que vayas, ¡vencerás! Y recibirás la bendita corona de la vida.

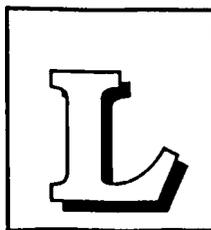
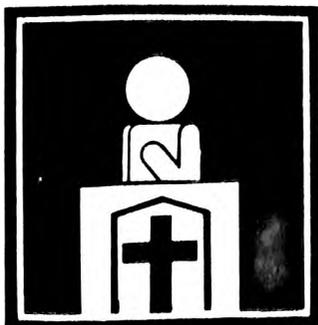
Josney D. Rodríguez es licenciado en teología y educación.

Oscar A. Hernández

CUANDO LA PALABRA DE DIOS VUELVE VACIA

Si esperamos que la Palabra "no vuelva vacía", debemos asegurarnos que no salga vacía de nuestros labios.

Debemos preocuparnos de cuidar nuestra voz, no por conveniencia personal, sino por un sentido de profundo respeto y responsabilidad por lo sagrado y trascendente.



legó un momento cuando pensé que tendría que abandonar el ministerio y dedicarme a alguna otra actividad dentro de la iglesia, en la que no tuviera que usar mi voz. A fines

de 1991 llegué a una condición tan difícil en relación a mi voz que después que predicaba un sermón prácticamente no podía ni siquiera elevar la última oración y menos saludar a los hermanos a la salida. Mi disfonía era un problema sumamente grave que se notaba cada vez que pronunciaba unas pocas palabras.

No son pocos los pastores que tienen problemas con el uso de su voz y grande es el número de los que van en camino a una angustiante experiencia si no toman las debidas precauciones. Por tanto, el propósito de este artículo es orientar a los predicadores que tienen este tipo de problemas y alentarlos a que procuren evitar una experiencia semejante.

Confío en que la mía, relacionada con una larga lucha para superar una disfonía crónica, pueda ayudar a muchos.

¿Qué síntomas anunciaban mi difícil situación? Los más comunes eran: una continua carraspera en la garganta, resecamiento de las cuerdas vocales, obstrucción de las vías respiratorias, disfonía permanente y afonía ocasional, concentración mucosa en las cuerdas vocales, etc.

Dichos síntomas, lógicamente, no aparecieron de la noche a la mañana. Fueron, más bien, el resultado de largos años de descuido y de mal uso de mi voz. Aunque tengo 17 años de servicio denominacional, puedo remontarme a muchos antes e identificar algunos síntomas indicativos de mi problema, los que con el correr del tiempo se fueron agudizando. Los últimos años tuve que ser operado de pólipos en las cuerdas vocales, los que reaparecieron seis meses después. Luego, en otra intervención quirúrgica, se me enderezó uno de los tabiques nasales. Aunque busqué toda la ayuda profesional posible, sin embargo, no hallaba solución a mi problema.

Un día, en medio de mi desesperación, alguien me aconsejó que visitara a un otorrinolaringólogo de gran prestigio, quien al finalizar la consulta me pidió hacerme un examen alérgico. Los abrumadores resultados indicaron que soy alérgico a varias partículas ambientales. Comencé a tomar medicamentos anti-alérgicos y logré, gracias a Dios, volver a respirar bien después de tantos años. Pero resuelto el problema nasal, todavía quedaba por resolver el problema de mi voz. Pocos días después comencé mi tratamiento con un excelente fonaudiólogo quien desde el mismo comienzo me dio grandes esperanzas. En menos de seis semanas mi recuperación había sido tal, que sentí haber vuelto a nacer. Desaparecieron los pólipos de mis cuerdas vocales y también la constante disfonía. Gracias a Dios he superado mi problema. He continuado mis labores pastorales y las dificultades han desaparecido.

¿Qué lecciones aprendí de mi experiencia?

¿Dónde radica la causa de todo problema fónico? ¿Cómo se puede prevenir cualquier problema de esta índole? ¿Qué espera Dios de nosotros y del uso correcto de nuestra voz?

Primeramente debiera recordarse que Elena G. de White ha dado muchos y claros consejos a los predicadores en relación al uso y cultura de la voz. Por ejemplo:

"Algunos de nuestros más talentosos predicadores se están haciendo mucho daño por su defectuosa manera de hablar. Mientras enseñan a la gente su deber en cuanto a obedecer a la ley moral de Dios, no deben ser hallados violando las leyes de Dios acerca de la salud y la vida. Los predicadores deben mantenerse erguidos y hablar lenta, firme y claramente, tomando una respiración completa a cada frase, y emitiendo las palabras por el ejercicio de los músculos abdominales. Si observan esta regla sencilla, y dedican atención a las leyes de la salud en otros respectos, podrán conservar su vida y utilidad por mucho más tiempo que los que se dedican a cualquier otra profesión. Se les ensanchará el pecho... y rara vez enronquecerá el orador, ni siquiera al tener que hablar constantemente".¹

Un predicador tiene razones fundamentales para cuidar y educar su voz, pues se ha preparado para anunciar por medio de ella la Palabra de Dios. No basta, por lo tanto, conocer la Palabra, debemos también transmitirla semanalmente a la congregación, y ello demanda esmero continuo. Si el Espíritu de Dios tuvo sumo cuidado al elegir y seleccionar a aquellos que habrían de escribir los oráculos divinos, y éstos, a su vez, siendo inspirados ejercieron un esfuerzo diligente para comunicar aquello que se les había confiado, igualmente se espera diligencia de nosotros e idoneidad en la entrega de la Santa Palabra. Si esperamos que la Palabra "no vuelva vacía", debemos asegurarnos que no salga vacía de nuestros labios. Un ministro, por lo tanto, debe prestar especial atención al uso correcto de la voz.

Los siguientes son algunos consejos prácticos y sencillos que han resultado ser suma-

mente eficaces para enriquecer la voz de muchos predicadores a lo largo de la historia:

1. *Cuide sus cuerdas vocales.* Se puede decir de muchos pastores que después del músculo del corazón, los que más usan son los de sus cuerdas vocales. La naturaleza misma de nuestro trabajo nos exige el uso constante de nuestra voz. Somos los que "exhortamos a tiempo y fuera de tiempo". Hacemos uso continuo de nuestra voz, por lo cual debiéramos cultivarla cuidadosamente. El predicador debe cuidar los cambios bruscos de temperatura. El uso de una bufanda en bajas temperaturas protegerá a la garganta de cualquier alteración. Además, es conveniente y saludable evitar que lleguen impurezas evitables a nuestras cuerdas vocales. El caminar con la boca abierta por una vía congestionada, o con mucho polvo, lógicamente causará efectos negativos. Para quienes sufren de reseca nasal, les resultará provechoso hacer inhalaciones bucales. Para eso, se hierva agua juntamente con alguna hierba medicinal. Se coloca el rostro sobre la olla con mucho cuidado. Luego se procede a hacer por lo menos diez inhalaciones. Es un tratamiento hidroterápico casero sencillo que tiene como propósito humedecer la garganta. Es aconsejable, sin embargo, hacer este tratamiento momentos antes de irse a la cama, para no exponernos a cambios de temperatura.

2. *Respire correctamente.* La voz es más que un simple sonido. Jay Adams indica la diferencia que existe entre la voz y un sonido común de la siguiente manera: "El sonido es aire no articulado en vibración, mientras que la voz es aire articulado en vibración".² Es decir, los sonidos del habla son producidos por el paso del aire que fluye por la laringe y pasa por las cuerdas vocales. Una buena voz es el resultado del correcto uso del sistema respiratorio. La respiración que proyecta una buena voz procede del diafragma. S. Vitrano señala que el error común de los predicadores consiste en llenar los pulmones profundamente,

tirar los hombros hacia atrás, con el fin de expandir al máximo el nivel pulmonar.³ La respiración procedente del diafragma es mucho más efectiva y natural ya que permite controlar la respiración, la cual es esencial para la proyección de una voz adecuada.

Cuando hablamos rápidamente generalmente no tenemos tiempo de tomar aire en las pausas correspondientes y corremos el riesgo de agotarnos y quedar afónicos.

Una manera sencilla de ayudarnos a respirar correctamente es, acostados, colocarnos la mano izquierda sobre el pecho y la derecha sobre la parte superior del estómago. Al respirar usando correctamente el diafragma se evitará cualquier movimiento del pecho, o sea, la mano izquierda. El movimiento recae sobre la parte posterior del estómago. Al llenar el diafragma se impulsarán los músculos abdominales hacia afuera. Esto hará que al respirar la mano derecha suba y baje con el estómago. Cuando la voz procede del diafragma las cuerdas vocales harán un mínimo de esfuerzo. Si hablamos usando algún otro mecanismo, no sólo estaremos creando un esfuerzo innecesario

rio a las cuerdas vocales sino que también la calidad de la voz será afectada.

Tres ejercicios que pueden ayudar a desarrollar el uso del diafragma son los siguientes, propuestos por Virgil Anderson:

"1. Acuéstese sobre su espalda en estado de relajamiento y al respirar lentamente observe la actividad en la parte media de su cuerpo. Coloque un libro sobre su estómago y observe cómo se eleva y luego baja mientras usted inhala y exhala. Adopte el ritmo de este método de respiración.

Los predicadores deben mantenerse erguidos y hablar lenta, firme y claramente, tomando una respiración completa a cada frase.

"2. Párese en una posición cómoda con su espalda contra la pared y coloque un libro sobre su estómago a unos 10 centímetros debajo del esternón. Exhale completamente, forzando la salida de tanto aire como sea posible de sus pulmones. Si es necesario, facilite el procedimiento ejerciendo presión sobre el libro. Cuando todo el aire posible haya salido comience a inhalar lentamente, permitiendo que el libro ascienda en el proceso de expandir esa parte del cuerpo donde se encuentra. Este ejercicio debería ser practicado a intervalos... hasta que la respiración llegue a ser cómoda y

espontánea.

"3. Póngase en posición de pie, pero esta vez no contra la pared. Descanse su cuerpo sobre los talones de los pies, la quijada hacia afuera, el pecho hacia afuera, erguido. Coloque sus manos sobre el estómago, con sus dedos puestos sobre la superficie donde antes estaba el libro. Respire cómoda y lentamente, sintiendo la expansión en el frente y en los lados. Cuide que la parte superior de su pecho permanezca pasiva y relajada".⁴

3. *Descubra el tono natural de su voz.* Todos tenemos un tono de voz diferente, y cada uno debe conocer el suyo. Para descubrir su tono respire sencilla y correctamente con el diafragma, luego exhale el aire de tal manera que al sostenerlo, los dientes y labios produzcan un sonido de abeja y que la acción recaiga sobre el labio superior haciéndolo vibrar. Otra manera es repetir el proceso, pero en vez de crear un sonido de abeja, produzca esta vez un sonido de "m". Una tercera manera es tratar de determinar nuestro tono parándonos frente al piano y procurar de seguir la escala hasta encontrar aquella nota con la cual nos sentimos más cómodos. Esto hará posible que escuchemos y determinemos nuestro tono natural. Hablar usando otro tono que no es el nuestro, dice S. Vitrano, producirá un doble efecto: Primero, le molestará a nuestro interlocutor; y segundo, cansará al orador moviéndolo a esforzarse demasiado innecesariamente.⁵

Una vez que hayamos determinado nuestro tono, podemos manejarlo sin forzar la voz, hasta que podamos dirigirnos a grupos de cinco, diez y treinta personas. Es necesario tener esto muy en cuenta especialmente cuando hablamos en público sin la ayuda de un micrófono. Nuestra voz natural nunca debiera ser forzada, no importa cuáles sean las circunstancias.

4. *Hable calmadamente.* Es fácil emocionarnos cuando predicamos y excedernos en la velocidad con que normalmente hablamos. G.

debiéramos agitarnos al punto de usar 250-300 palabras por minuto, sino un promedio de 150-225.⁶ Cuando hablamos rápidamente generalmente no tenemos tiempo de tomar aire en las pausas correspondientes, y corremos el riesgo de agotarnos y quedar afónicos. Deberíamos por tanto, aprender a modular bien la voz, a usar debidamente las pausas cuando sean necesarias, y a hablar en forma fluida y animada, pero evitando la rapidez.

Si se tiene un problema fonético, siempre es recomendable consultar a un especialista. En caso de que la persona afectada haya puesto en práctica los ejercicios antes mencionados por más de seis semanas, y no experimenta ninguna mejoría, será muy posible que una alergia u otro problema crónico le esté afectando. De todas maneras, el descanso siempre será de inestimable ayuda.

Cuán importante es entonces, que los ministros de Dios y los exponentes de la Palabra de Dios hagan esfuerzos definidos para cuidar y educar su voz. Las razones sobrarían para movernos a ejercer el mayor cuidado en este asunto. No obstante, la razón principal debería ser la de cuidarla a fin de que la poderosa Palabra de Dios salga al aire y llegue a los oyentes sin ninguna obstrucción. Debemos preocuparnos de cuidar nuestra voz, no por conveniencia personal, sino por un sentido de profundo respeto y responsabilidad por lo sagrado y trascendente, pues el Espíritu Santo hablará a nuestros oyentes por medio de nuestra voz. Un misterio ocurre en la predicación. René Padilla, dice: "Por la acción del Espíritu, la palabra escrita que se hace audible en la predicación bíblica se transforma en la Palabra de Dios, de tal manera que el corazón de los oyentes arde con el mismo ardor que experimentaron los discípulos en el camino a Emaús cuando Cristo después de su resurrección les abrió las Escrituras" (Luc. 24:13-32).⁷

Si la Palabra de Jehová ha de ser oída "mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea

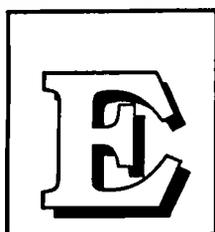
sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá; hasta que vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, enlazados y presos" (Isa. 28:13), todo predicador considerará un compromiso sagrado el cooperar con el Todopoderoso en su presencia, claramente, y libre de impedimentos. Elena G. de White comenta: " Por lo que más queráis, cultivad vuestra voz al máximo de vuestra capacidad, de modo que podáis presentar claramente a otros la preciosa verdad"...⁸ Dios ha prometido que su Palabra no volverá vacía (Isaías 55:11), y por lo tanto, la Palabra del Señor no debe salir vacía, debe fluir en forma normal, clara y enriquecida por el Espíritu Santo. ¡Debemos cuidar y educar nuestra voz!

REFERENCIAS

1. Elena G. de White, *Obreros evangélicos*, pág. 93 (Asociación Casa Editora Sudamericana, Buenos Aires, Argentina).
2. Adams, Jay E. *Pulpit Speech*, pág. 130 (Presbyterian and Reformed Publishing Co. Phillipsburg, N. J., USA. 1979).
3. Vitrano Steven P. *How to Preach*, pág. 69 (Review and Herald Publishing Association, Hagerstown, MD., USA. 1991).
4. Anderson, Virgil A. *Training the Speaking Voice*, págs 40, 41 (Oxford University Press, New York, USA. 1961).
5. Vitrano, *How to Preach*, pág. 71.
6. Gronbeck, Bruce C. *The Articulate Person*, pág. 68 (Scott, Foresman and Company, Glenview, ILL., 1983).
7. Padilla, C. René, *Misión*, edición de diciembre de 1983, pág. 22.
8. Elena G. de White, *Obreros evangélicos*, pág. 92.

El autor es catedrático de la escuela de teología en la Universidad Adventista de Chile.

¿ES POSIBLE UNA INTERACCION SALUDABLE?



l sistema de liderazgo adventista del séptimo día está fuertemente respaldado por reglamentos y manuales, e incluso por un cierto tipo de consenso cultural tan profundo que,

a veces, llega a tomar un carácter de ley, en el contexto administrativo de la iglesia.

Hay quienes no se adaptan fácilmente a esta realidad, ya sea por causa de la naturaleza humana, o porque les parece que a veces la maquinaria no está bien "lubricada". Como quiera que fuere, esta situación los expone a relaciones incómodas, chascos y dolorosas decepciones. ¡Cuánto cuidado debería ejercerse para no herir los corazones de obreros, feligreses, ni dirigentes!

Lo que exponemos en este artículo, lejos de ser un material completo o perfecto, es el producto de la observación casual de diferentes medios sociales en nuestro ambiente denominacional a través de los años. El propósito que nos anima al escribir esto es beneficiar a la iglesia. Que las ideas y sugerencias aquí propuestas sirvan de incentivo para el logro de una experiencia ministerial saludable, en armonía con el ejemplo de Jesús dado durante su ministerio.

Que estas consideraciones nos ayuden a examinar algunas actitudes que deberíamos adoptar o abandonar en las relaciones con

nuestros dirigentes, o con aquellos a quienes dirigimos, e incluso en nuestra postura personal como ministros de Dios.

Sugerencias Importantes

1. Póngase inmediatamente a disposición de su dirigente en el momento en que comiencen a trabajar juntos. Escuche atentamente la exposición de sus planes y todas las indicaciones que tenga que hacer y transmitale también con toda claridad los suyos. Agradézcale, si es necesario, la oportunidad de trabajar juntos.

2. Dígale que está enteramente a sus órdenes y que hará todo lo que esté a su alcance para fortalecer y hacer prosperar su administración. Sea absolutamente sincero.

3. Reconózcalo como un superior, especialmente si antes habían servido juntos en el mismo nivel, o aunque él tenga menos preparación académica que usted. Declare expresamente que usted lo reconoce como su líder. Una actitud tal facilitará las relaciones y enriquecerá la experiencia y la amistad cristiana. Por supuesto, ello hará que la obra prospere y se fortalezca.

4. Sugíerale en términos claros que le diga la forma en que quiere que usted trabaje. Pídale que le diga qué objetivos definidos quiere que usted alcance. Así, aunque no logre alcanzar todos los fines que su líder se proponga, él tendrá la certeza de que usted es un colaborador confiable y comprometido con la iglesia y su liderazgo.

5. Al discutir proyectos de trabajo, anote todo lo que sea necesario, aunque no esté totalmente de acuerdo con todo. Muéstrole que usted tiene metas definidas en su trabajo. Resérvese, por el momento, todos sus puntos de vista que no concuerden con los suyos. Espere el momento propicio para analizarlos de nuevo. Con el tiempo todo podrá cambiar. Lo que no funciona hoy, podrá funcionar mañana.

6. En caso de que esté convencido que debe ser firme en alguna posición, no insista al grado de dañar las relaciones. Recuerde que su dirigente y usted deben ser amigos y que, de hecho, son hermanos en Cristo. Esto siempre será cierto aunque nunca lleguen a ser confidentes. La amistad de su dirigente puede ser relativa: se relaciona con usted como persona, o por su trabajo y productividad. En ambos casos debe ser honesta y recíproca.

7. Cuando haya puntos divergentes, recuerde que, en última instancia, es mejor "salir perdiendo" que provocar un rompimiento. Recuerde siempre el principio de autoridad.

8. Todos tenemos derecho a disentir, mas no a discutir irreductiblemente. No difame a su dirigente bajo ninguna circunstancia. Recuerde lo que dijo el sabio: "Ni aun en tu pensamiento digas mal del rey, ni en lo secreto de tu cámara digas mal del rico; porque las aves del cielo llevarán la voz, y las que tienen alas harán saber la palabra" (Ecl. 10:20). Esto no quiere decir que sí podemos pensar y hablar mal de los demás. No se trata aquí únicamente de la ética cristiana según la cual no se debe pensar ni hablar mal de nadie, en ningún tiempo, en ningún lugar y bajo ninguna circunstancia, sino de una relación particular que demanda prudencia y sabiduría para vivir en paz y tranquilidad. Aquí se consideran cuestiones de hecho que no pueden ignorar aquellos que quieran vivir en paz y tener éxito y prosperidad. Como dice el *Comentario bíblico adventista*: "Generalmente es peligroso hacer declaraciones atrevidas en cuanto a otras personas, especialmente contra los que están en autoridad" (tomo 3, pág. 1116).

Diga todo lo que requiera decirse, con dignidad, con mansedumbre cristiana y siempre a quien corresponda. En algunos casos olvidarnos un poco de nosotros mismos será sabio y prudente. Y en cualquier caso, vale mucho más la calma y la prudencia que "crear una contienda"

9. Sea franco. La Biblia nos ordena tratar cualquier asunto que requiera aclaración directamente con las personas involucradas (Mat. 18:15). Por supuesto, siempre se debe recordar que ser franco no es lo mismo que ser agresivo, descortés, puntilloso y falto de delicadeza. La franqueza debe mezclarse con el condimento de la dulzura y la caballerosidad.

10. Considérese parte de un equipo. "Vista la camiseta del equipo". Entusiásmese con la idea de trabajar con su líder. Si no logra satisfacer completamente todas sus expectativas, le dejará la seguridad de que usted está haciendo lo mejor que puede, y que su producción habla mejor que la gritería de los ociosos.

11. No se desespere ante las divergencias que puedan surgir. Tranquílese con la idea de que cualquier profesional comete errores. ¿Por qué no su líder también? Si él no es lo suficientemente humilde para reconocer esto, haga usted la parte que le toca y ponga todo en manos de Aquel que juzga rectamente. Procure vivir bien cerca de Dios y hacer de él su Amigo íntimo.

12. Procure cumplir su deber para con su dirigente, no porque él sea perfecto, sino porque Dios permitió que ocupara la posición que ahora tiene. Eso aconseja una conciencia dirigida por el Espíritu Santo. No olvide que la comprensión siempre ha sido y continuará siendo el arma más poderosa para enfrentar situaciones difíciles en la sinuosa ruta de la vida.

13. Recuerde siempre que cuando Dios decida que dicho dirigente ya no ocupe más la posición que ahora ostenta, ya no la ocupará. Recuerde que no debe ser usted quien lo quite del puesto mediante métodos cuestionables. Dios mismo se ocupará de efectuar el cambio.

El todavía es el Supremo dirigente de su obra en el mundo.

14. Lo más probable es que usted ya haya tenido algún desacuerdo muy desagradable con un dirigente. Procure que no se vuelva a repetir. No obstante, como todavía somos humanos, hay que reconocer que podría repetirse el incidente. Asegúrese bien de no ser usted quien lo provoque. Si no está totalmente seguro de ello, es bueno evaluar su actuación para estar seguro de que el problema no viene "del lado de acá". Siempre es posible descubrir que es usted quien no consigue adaptarse fácilmente a otras personas o a situaciones nuevas o diferentes.

Muchos de los que dejaron el ministerio voluntariamente se arrepintieron después, cuando ya no había remedio.

15. Sea leal, pero no adulador. La lealtad es una de las virtudes más destacadas del cristiano. Jamás traicione a su líder. Si siente que ha sido tratado injustamente, nunca albergue deseos de venganza. El don de la venganza nunca se le ha conferido al hombre, es exclusivo de Dios.

16. Sorprenda a su dirigente con la exquisita virtud cristiana de hacer más de lo que se espera de usted y de ir más allá del cumplimiento del deber. Es lo que quiso decir Jesús cuando habló de la segunda milla, de poner la mejilla

izquierda y de la entrega de la capa al que le ha quitado su vestido. Todos los compañeros "de milicia" de Jesús manifiestan este espíritu.

17. ¿Y si es agredido con palabras por su dirigente? Siempre existe esta remota posibilidad. No se estremezca. Manténgase sereno. No se rebaje a contestar la agresión. Jesús, nuestro modelo supremo, nunca discutió con nadie. Contestó a sus oponentes con la elocuencia y la dignidad del silencio. El agresor siempre pierde algo. El agredido que posee dignidad, respeto y mansedumbre cristiana es declarado vencedor.

No pida estas cosas

En cierta ocasión oí decir, en tono humorístico, que en la Organización Adventista del Séptimo Día podemos pedir a nuestros dirigentes todo, menos tres cosas: aumento de sueldo, promoción y ordenación. Lo menciono porque puede sernos de utilidad.

No pida aumento de sueldo. Nuestro sistema de remuneración nada tiene que ver con el sistema secular. El mundo lucha, en los sindicatos y otros movimientos activistas, en defensa de lo que ellos llaman sus derechos. En la obra de Dios el salario que recibimos no se considera una remuneración por los esfuerzos, ni un derecho, sino un "quitarle el bozal al buey que trilla" para que recoja su alimento. Es casi seguro que no toda la iglesia sabe que sus obreros no perciben un sueldo al estilo del mundo que nos rodea, sino apenas un apoyo para la manutención, en base al costo de la vida real, determinado por personas de sano criterio. La remuneración al "siervo bueno y fiel" se la dará Jesús cuando venga en el reino de los cielos. A decir verdad, todos ganamos lo mismo en la obra de Dios, para la satisfacción de nuestras necesidades: nuestro alimento. Pocos saben en la iglesia que los obreros no reciben un sueldo. El escalafón no es más que una ligera concesión a la naturaleza humana. Las diferencias existentes en él son simbólicas, no de hecho.

En cuanto a ser promovido, es bueno sentirse a gusto con la idea de que el mayor privi-

legio concedido a un ser humano es el de ser un creyente fiel y feliz, semejante a Jesús en el ideal del servicio. Un cristiano genuino a nada más que eso puede aspirar. Es a la luz de este principio que surge la dimensión y la grandeza de un verdadero cristiano. Es posible que la mayor perspectiva de servicio se encuentre en la posición más humilde según el criterio humano. Las promociones a cualquier posición de responsabilidad son usurpaciones si no se consideran posiciones con mayores posibilidades de servicio. El acceso a posiciones de mayores posibilidades de servicio será fruto de una dedicación plena al trabajo, que no se mide por el reloj, sino por el fiel cumplimiento del deber en una obra divina, urgente y sagrada.

Ser separado por la ordenación al santo ministerio es, sin duda, una aspiración justa. De hecho, es la única, verdadera, real, más elevada y perenne promoción concedida a un pastor. Pero es un rito tan sagrado que no debe ocurrir por negociación o patrocinio humano, sino de modo natural, por indicaciones de Dios como ocurrió en Antioquía donde "dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado" (Hech. 13:2).

Todo lo que sea contrario a esto, no será un "don perfecto (que) descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (Sant. 1:17). El hombre que sea portador de una ordenación tal es desconocido por Dios quien dijo: "Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón" (Heb. 5:4).

La ordenación es un acto divino efectuado a través de la iglesia, guiado por el Espíritu Santo. Por lo tanto, si usted es aspirante al ministerio, trabaje con humildad, "como para el Señor y no para los hombres" (Col. 3:23). Deje que la iglesia lo separe para el sagrado ministerio en la hora y el momento que ella considere necesario y que "es llamado por Dios, como lo fue Aarón". Sea fiel, consagrado, trabajador, manso, apto para enseñar, sufrido, de éxito en la ganancia de almas. Si hace esto, a su tiempo justo los dirigentes presentarán su nombre

como candidato a la ordenación. Cuando nadie propone a un aspirante como candidato a la ordenación, o cuando hay oposición a cualquier propuesta al respecto, es casi seguro que no se debe al descuido o negligencia de la administración, ni a la mala voluntad de la junta de la asociación. El obrero que se encuentra en esta condición debe buscar el problema y su solución en él mismo.

Dejando huellas

Deberíamos empeñarnos en realizar grandes cosas para Dios en el lugar donde actuamos. El zapato de un guerrero victorioso siempre deja huellas profundas. Esa señal puede beneficiar a todos los que pasen después. Recuerde que todos los héroes dejaron huellas y marcas a su paso. Jesús, los apóstoles, Pablo y Bernabé, dejaron las huellas de sus grandes hechos, que todavía son una inspiración para nosotros.

Cultive la convicción de que trabajar como pastores es el mayor privilegio que Dios concede a una persona. Es la ocupación donde el siervo de Dios puede disfrutar la mayor felicidad que es posible disfruten los mortales. Y esa felicidad no se basa en los grandes hechos realizados ni en la recompensa por ellos recibida, sino en la convicción de ser colaboradores de Dios, coadjutores con Cristo en la obra más grande y más santa en que jamás puedan ocuparse los mortales. Muchos de los que dejaron el ministerio voluntariamente se arrepintieron después, cuando ya no había remedio. Afírmese usted en su vocación. Jamás se arrepentirá alguien de haber consumido su vida en el ministerio, como la consumieron Jesús y todos sus fieles siervos a través de la gloriosa epopeya del evangelio.

Vivamos y convivamos con nuestros dirigentes, disfrutando con ellos el placer y el privilegio de servir a Dios y a los hombres en el sagrado ministerio.

Autor

Samuel Dolzanes Kettle es pastor de distrito en Feira de Santana, Brasil.